

NARRADORES DE BOEDO

PEDIR TRABAJO

por

Álvaro Yunque

*La luz que juguetea, feliz
como un niño desnudo, entre
las hojas verdes, es ignorante
de la mentira del hombre.*

Tagore

Al retirarse los últimos parientes, Felipe se halló solo frente a la abuela. Esto era la realidad. Todo lo demás, palabras lindas, palabras de consuelo, promesas. La realidad era ésta: su soledad en la vida, frente a la abuela con sus setenta y cuatro años. Esa tarde acababan de enterrar al padre muerto joven aún, inesperadamente. Felipe y la abuela hablaron:

—Estuve contando el dinero, Felipe —dijo ella—. Hay seiscientos setenta y cinco pesos.

—Está bien —respondió el muchacho—. Tiraremos con eso hasta que yo halle trabajo.

—¿Y vas a dejar los estudios?

—Sí.

—¡Oh, no, no! Tu padre quería que fueses médico; toda su ambición era que no fueses un empleado como él... ¡Tienes que continuar tus estudios, Felipe!

—Pensá bien, abuela. Yo estoy en el cuarto año. Me falta mucho todavía. Un año y medio de bachillerato, después la Facultad. ¿De qué vivimos? Esos seiscientos setenta y cinco pesos nos dejarán vivir con estrechez cinco o seis meses. ¿Y después?

—¿Y después? No sé. ¡Dios dirá!

—Y, Dios dirá que deje los estudios. Mejor que nos anticipemos a Dios, abuela. Es necesario buscar trabajo desde mañana mismo. Yo tengo dieciséis años. Ochenta o cien pesos me han de dar...

La abuela, llorando, lamentábase:

—¡Tu pobre padre que soñaba con hacerte mé-

dico!... ¡Tu pobre padre!

Pero fue preciso tragar lágrimas, lamentaciones y sueños. La vida es impasible. Tiene cara de piedra y mano de hierro. No se conmueve. ¡Era imprescindible dejar los estudios y trabajar! ¿Dónde? ¿A quién recurrir?

La abuela levantó una exclamación de júbilo. Entre sus recuerdos había hallado un nombre: el del doctor José María Ural del Cerro, diputado, político, influyente, ex discípulo del padre.

—En cuanto me vea se acordará de mí. ¡Cuántas noches ha comido en casa cuando estudiaba! Recuerdo que era loco por el chocolate con tostadas de manteca. Ellos estudiaban, pero al llegar las once, comenzaba a preguntarme: ¿Y, Misia Rosaura, esta noche no hay chocolate? ¡Le gustaba tanto el chocolate que yo hacía! Estoy segura, en cuanto me vea me reconoce. ¡Claro! Hace como quince años que no me ve; ¡pero no importa! Él también ha sido pobre. ¡Cómo ha subido ahora! Recuerdo cuando mi muchacho no quiso estudiar más; él lo aconsejaba: ¡Estudiá! ¡Estudiá! Tenía razón, sí... Lo iremos a ver, Felipe. Mañana mismo. Iremos al Congreso los dos. Tu padre no lo quiso ver nunca, porque tu padre era muy altivo, no le gustaba pedir nada a nadie; ¡pero habían sido tan amigos! Estuvieron en la revolución juntos, después, tu padre dejó la política como dejaba todo; él siguió. Ya lo ves: ahora es diputado, hasta sueña para ser ministro. ¿Qué le puede costar darte un empleo cualquiera? Lo iremos a ver mañana mismo. ¡Era tan sencillito, tan campechano, tan simpático! Ya verás cómo en seguida se acuerda de mí.

Fueron al otro día. Abuela y nieto, cohibidos, llegaron a la puerta del Congreso. Los recibió un negro

ordenanza, les tomó el nombre. Volvió con la respuesta:

—El señor diputado está en sesión; pero dice que vaya mañana a las once de la mañana por su casa. Aquí está la tarjeta.

—¡Muchas gracias, muchas gracias! —exclamó la vieja, alborozada. Y ya en la calle, al nieto: ¿No te dije, Felipe? Ya ves cómo me ha recordado en seguida. Estoy segura que mañana mismo te emplea.

Y fueron a la casa. El doctor José María Ural del Cerro vivía en un palacio. Los recibió un portero encartonado en una levita con galones. Éste llamó a un ujier. Aguardaron unos minutos y se les hizo pasar a un salón. Allí, abuela y nieto, quedaron en sendos mullidos sillones sin atreverse a hablar. Sin respirar, casi. Y aguardaron media hora. Un sirviente les explicó:

—El doctor está con el peluquero.

De pronto apareció él. Era un hombre grueso, bien conservado, con un principio de calvicie. Usaba quevedos, bigote a lo Carlitos Chaplin. Vestía yaqué claro, polainas y guantes blancos. Felipe observó todo esto rápidamente. La abuela sólo atinó a ponerse de pie, emocionada hasta temblarle la voz. El diputado recibióla efusivamente, gritó desde la puerta:

—¡Mi querida Misia Rosaura! ¡Qué alegría verla! Le juro que ayer, si no hubiese sido porque se trataba de una sesión muy importante, dejo el recinto y salgo a verla. ¡Siéntese! ¡Mi querida Misia Rosaura! ¿Y este joven?

La abuela quiso hablar no pudo. La alegría de su corazón simple se le rompió en sollozos, como un cristal al fuego.

—¿Llora, Misia Rosaura? ¡No!

—Lloro de alegría —pudo explicar ésta—. Lloro de verlo tan bueno a usted. De ver que no ha olvidado a los viejos amigos.

—¿Y cómo voy a olvidarlos, Misia Rosaura? ¿Se acuerda del chocolate a las once con tostadas de manteca?

—Sí, doctor, sí...

—¡No me llame doctor! Ya ve cómo la llamo a usted, Misia Rosaura. Llámeme como antes: José María, nada más. José María, como cuando iba a su casa, a estudiar.

—No me atrevo, no me atrevo doctor...

—¡Qué Misia Rosaura, siempre tan tímida! ¿Y Juan? ¿Siempre tan chúcaro, sin dejarse ver por los amigos?

—¿Qué? ¿No supo? ¡Murió!

—¿Murió?! ¡Pobre Juan! ¿Cuándo murió?

—Antes de ayer.

—¿Y por qué no me dijeron nada? Hubiese querido acompañarlo. Fue mi más querido amigo de estudiante.

—Ya lo sé, doctor, ya lo sé... Yo se lo decía a Felipe, mi nieto, el hijo de Juan... Éste es el hijo de Juan.

—¡Ah, este joven!... Es la misma cara de Juan, sí.

—Yo se lo decía, doctor. En cuanto me vea, me reconoce...

Y la abuela volvió a llorar; pero ya estaba animada, y pudo comenzar a explicarse. Él no la dejó concluir.

—¿Un empleo para este joven? ¡Y cómo no! ¡Hoy mismo me ocuparé del asunto! Casualmente, ahora voy a ver al Ministro del Interior. Le pediré el empleo. Deme su nombre y dirección. Cuando tenga algo les escribiré.

—No, doctor, yo puedo pasar por aquí...

—¡Qué esperanza, mi querida Misia Rosaura! ¡No falta más que usted se molestase! Yo mismo iré a llevarle el nombramiento. Le buscaré algo para que pueda continuar los estudios. En este país, amiguito, el que quiera ser algo tiene que ser doctor.

—Muchas gracias, doctor. Es demasiado bueno usted.

—¿Qué va a ser demasiado, Misia Rosaura! ¿Vamos saliendo? ¡Estoy apurado! A la una me espera el ministro, y antes tengo que hacer otras diligencias... ¿Para dónde van? Los llevo en mi automóvil...

—No, de ninguna manera, doctor.

—Bueno, Misia Rosaura, hasta la vista. Adiós —les dio la mano fuertemente—. Este muchacho es igual al padre, Callado como él. ¡Adiós!

Abuela y nieto quedaron en la acera viendo desaparecer el automóvil.

—¿Qué te había dicho, Felipe? ¿Tenía razón o no? ¿Has visto qué bueno, qué cariñoso? ¡Y qué simpático!

—A mí me es antipático, abuela.

—¡Oh, no digas disparates, muchacho! Ya verás. Mañana mismo estás empleado. ¡Vení!

—¿Dónde vas?

—Voy a la capilla, a darle gracias a Dios.

—Vamos a la casa...

—Vos no recés, vos quedáte de pie. Yo voy a rezar por los dos. ¡Vení!

Felipe se arrimó a una columna. La abuela, de rodillas en el suelo, rezando, lloraba otra vez.

Transcurrió una semana. El cartero siempre pasó de largo. A veces, parado en la puerta, Felipe lo veía aproximarse, casi estiraba la mano al llegar él; pero el cartero nunca tenía nada para ellos. Siguió yendo a clase. El doctor le había prometido un empleo con el cual podría estudiar. Todas las mañanas llegaba Felipe preguntando:

—¿Y, abuela?

—Nada, hijito.

Silenciosos, se sentaron a comer. Silenciosos y apesadumbrados. ¿Por qué ocurría aquello?

—¿Se habrá olvidado el doctor, abuela?

—¡Imposible!

—¿Y entonces?

—No sé.

Decidieron verle. Los recibió el ujier, quien, al cabo de esperar un largo rato, les dijo que el doctor no podía recibirles, que estaba con varios senadores y diputados, ocupadísimo, que ya había pedido el empleo que volvieran dentro de quince días...

Salieron otra vez, abuela y nieto, con el corazón caliente de esperanza. A la abuela, la ilusión no la dejaba reflexionar; entregábase a ella, sencillamente. Felipe, que iba meditando, dijo:

—Esta vez no nos prometió escribir, nos dice que volvamos.

—¿Pero hijo! —protestó la abuela—. Todavía que te va a dar empleo, exigís...

—No, yo no exijo nada, abuela. Volvamos dentro de quince días...

Y volvieron, pero el doctor no estaba. Fueron a verle al Congreso, les mandó decir con un ordenanza que no tenía novedad. Salieron desolados, aturdidos. Y Felipe, en la esquina del Congreso, gritó:

—¡Yo no vuelvo más!

—Vendré yo sola, entonces.

—No venga más, abuela.

—¿Y qué vamos a hacer? Al fin nos quedaremos sin un centavo... La plata se gasta, y...

—¡Yo sé, abuela! ¡Ya verá!

—¿Qué, qué?

Y el muchacho le confidenció su plan: ya no iría más al colegio. Esa misma tarde, en el taller del padre de un condiscípulo, entraría de linotipista...

La abuela se dobló a llorar.

—¡No, no, Felipe, no! ¡Si te viese tu padre; él quería hacerte médico! ¡Si te viese tu padre!

—Quizá le gustaría más verme de linotipista que verme yendo a mendigarle a ese doctor... ¡Es una vergüenza tener que pedir trabajo como si se pidiera limosna!

—¡No importa! Yo seguiré yendo. Yo no tengo vergüenza. ¡Yo iré! Y ya verás cómo ha de cumplir. Si no te ha dado, estoy segura, es porque no ha podido. ¡Estoy segura!

—¿Cómo no va a poder, un diputado gubernista, que va todos los días a la Casa de Gobierno?... ¡No me da, porque no le importa nada de nosotros!

—Tendrá muchos pedidos y pocos puestos...

—Y los que tiene serán para abastecer sus compromisos de comité... ¡Qué le importa a él de la madre y del hijo del que fue su compañero de estudios!

—¿Cómo hablás, Felipe, parecé un viejo! Ya ves yo: tengo setenta y cuatro años y tengo esperanzas... Creo que los hombres no han de ser tan malos como vos lo suponés...

—¡Abuelita, abuelita! Usted tiene setenta y cuatro años, pero solo ha vivido quince.

—¡No te entiendo, chico!

—Yo, desde que lo vi al doctor, no esperé nada de él.

—Pero, ¿por qué?

—No sé, no sabría decirle.

—Ya verás cómo te has engañado. ¡Yo volveré!

Cada quince días la abuela se presentaba en el palacio del doctor. Nunca consiguió verle. El portero engalonado le respondía invariablemente:

—El doctor no está.

Felipe seguía yendo al taller como aprendiz.

—¿Pero a qué hora está el doctor? —preguntó la abuela, ya cansada de recibir por cuarta vez la invariable respuesta.

—¿A qué horas? —dijo el portero—. No sé. No tiene horas fijadas. Vaya a verle al Congreso.

La abuela fue al Congreso, inútilmente. Allí no podía recibirla, estaba muy ocupado. Decidió escribirle una carta. Con su letra torpe y temblorosa, escribió una larga esquela. No le hacía reproche alguno. Súplicas y recuerdos la coloreaban. Pintábase su situación, cómo veía diariamente desaparecer aquellos seiscientos setenta y cinco pesos que dejó el hijo al morir. El abismo de zozobra que se abría ante ellos. Le narraba cómo se habían estrechado, mudándose a una pieza, despidiendo a la cocinera...

No le decía ni una palabra del nieto, estudiando de linotipista. Esto la avergonzaba. ¡Ella que lo ensoñara médico! Se le apretaba el corazón cuando lo veía regresar con las manos manchadas, descuidado el traje. De esto no podría decirle nada. Hubiese sido demasiado. Y terminaba la carta olvidando el tratamiento de doctor: «José María: Piense en Dios, piense en mi hijo Juan que lo está viendo y le está suplicando, piense

que usted es toda la esperanza de un pobre muchacho que comienza a vivir y de una pobre vieja que pronto ha de morir. Contésteme dos líneas. Déjelas al portero, yo iré a buscarlas, deme una ilusión...».

Entregó la carta al portero, recomendándosela:

—Déjala en propias manos, al mismo doctor...

Volvió una semana después:

—El doctor no está.

—¿Pero no ha dejado una carta para mí?

—No, señora.

—¿Le dio usted la mía en propias manos?

—Sí, señora.

—¿Y qué dijo?

—Nada. La leyó y no dijo nada.

La abuela no pudo más. Lloró. Hallábase como delante de un muro de piedra, alto y frío. Y buscaba una salida inútilmente. Lloró. Apoyándose sobre el portero para no caer, porque se sentía caer, no de debilidad, de desesperanza, lloró.

El portero compadecióse. Despojándose de aquella levita galoneada que lo hacía un ser impasible, sacó de él al hombre y la habló:

—Escúcheme, señora. No me comprometa, pero yo le voy a decir: ¡No venga más, señora! ¿Usted viene para pedir un empleo?

—Sí, un empleo que me ofreció para mi nieto...

—No venga más, señora. Es inútil. No me comprometa; pero yo se lo digo porque me da mucha lástima verla venir y venir con sus años, inútilmente. Yo tengo orden de decirle que no está. Ahora, por ejemplo, el doctor está, pero yo tengo que decirle a usted que no está. Muchas veces, cuando usted se alejaba, despacito, triste, yo tenía ganas de llamarla, decirle la verdad; pero tenía miedo de comprometerme. Yo soy pobre también. ¡No venga más, señora! No se lo quise decir, pero el otro día leyó la carta suya y dijo: «¡Puff! ¡Si yo fuera a dar empleos a todos los hijos de mis compañeros de estudios! No hay día que no se me presente alguien que me conocí hace veinte años...» No dijo más. Y tiró su carta. ¡No vuelva! ¿Para qué va a venir? Así hace con todos, hasta que se cansan y no vienen más.

—Bueno, bueno, muchas gracias... No volveré.

—Pero no me comprometa... Yo soy pobre también.

—No, no... ¿Pero por qué me ha prometido?

—El promete a todos.

—¿A todos? Bueno. Muchas gracias. No volveré. Adiós...

Y la abuela se alejó, más lentamente, más agachada. Y tan aturdida que no atinaba a reflexionar. ¿Pero por qué? —preguntábase—, ¿por qué? —preguntábase sin saber lo que se preguntaba.

No dijo nada al nieto.

Y pasaron otros quince días. Una mañana, contando el dinero que aún quedábales, sintió miedo de que se terminara. Y dudó —o necesitó dudar— de que fuese cierto lo que ocurría: de que al doctor no le importase nada de la madre y del hijo de su compañero de estudios, de su más querido amigo de la juventud. Decidió verlo, intentar otra vez, quizás la última. Fue al Congreso. Recibió la habitual del ordenanza:

—El diputado Ural del Cerro está sesionando. No puede recibirla.

La abuela salió a esperarlo en la acera. Dos horas estuvo allí, arrimada contra la pared, apenas sostenida por sus piernas, que le temblaban de cansancio. De pronto lo vio. Salía él con otros dos señores hablando ruidosamente, riendo.

—¡Doctor, doctor, doctor!... —exclamó ella y, extendiendo los brazos, dio un paso adelante...

Él la vio y la oyó. Ella tuvo la conciencia nítida de esto, mas siguió derecho, hablando fuerte.

—¡Doctor, doctor, doctor! —dijo ella otra vez y, adelantándose, resuelta, le cortó el paso. Él la apartó suavemente y quiso seguir; pero la viejita, armada de su último valor, no se movía.

—¡Doctor, doctor!... ¡Escúcheme, doctor!

Rápidamente, él sacó un papel del bolsillo y se lo puso en la mano, la apartó, ahora no suavemente, y subió al automóvil, que partió.

La abuela, temblando de emoción, se miró la mano: en ella palpitaba al viento un papel de cinco pesos. Y lo dejó volar. Un ordenanza corrió tras él y se lo alcanzó.

—¡No, no lo quiero!

—¡Son cinco pesos! —dijo el ordenanza, asombrado.

—Yo no soy una pordiosera —gritó la viejita—. ¡El doctor Ural del Cerro es un canalla, un canalla!

Cogió el billete y lo partió. El ordenanza cogió un pedazo y un muchacho el otro. Comenzaron a disputar.

La abuela se alejó. Caminaba derecha y casi ligero. Tampoco dijo nada a Felipe.

Alguna vez éste le preguntaba:

—¿No fuiste más a lo del doctor?

—Sí, pero no voy a ir más.

—Hacés bien.

Una tarde, al entrar Felipe, sacó algunos billetes de banco.

—¿Y este dinero?

—Mío, abuela. Lo he ganado yo. Es la primera quincena que cobro. Por ahora gano medio jornal; pero vas a ver, pronto ganaré jornal entero. ¡Y que se guarde su empleo el doctor! Ya no necesitarás tocar el dinero que dejó papá. Guárdalo para algún imprevisto, una enfermedad. Yo ganaré para los dos. ¿Qué hacés, abuelita?

Ésta se había arrodillado y rezaba. Él la dejó. Cuando se irguió, volvió a preguntarle:

—¿Para qué rezabas?

—Para darle gracias a Dios.

—¿Y no llorás? ¡Qué raro! Porque vos todo lo arreglás llorando.

—No, hijito, no lloro. Vos me has enseñado a no llorar. ¡Vos me has enseñado tantas cosas!...

—¿Yo, abuela? ¿Y qué te he enseñado, a ver?

—¡Tantas, tantas!...

—¡A ver, decime una! Porque yo no adivino...

—Me has enseñado... —comenzó la abuela, pero no pudo continuar. Porque ahora lloraba.

De Mocho y el espantapájaros y otros cuentos

BALADA DE LA OFICINA

por

Roberto Mariani

Entra. No repares en el sol que dejas en la calle. El sol está caído en la calle como una blanca mancha de cal. Está lamiendo ahora nuestra vereda; esta tarde se irá enfrente. Entra. No repares en el sol. Tienes el domingo para bebértelo todo y golosamente, como un vaso de rubia cerveza en una tarde de calor. Hoy, deja el perezoso y contemplativo sol en la calle. Tú, entra. El sol no es serio. Entra. En la calle también está el viento. El viento que corre jugando con fantasmas. Fantasma él también, pues no se ve con los ojos de la cara, y se le siente. El viento está jugando; ya corriendo una loca carrera por en medio de la calle; ya golpeándose en las copas de los árboles... f... f... f... El viento es jugueteón como un recental; esto no es serio. Tú, entra.

Deja en la calle sol, viento, movimiento loco; tú, entra.

¿Qué podrías hacer en la calle? ¿No tienes vergüenza, estúpido sentimental, regodearte con el sol como un anciano blanco, y esqueletoso, y centenario? ¿No te humillas, en tu actual situación de muchacho fornido, dejarte forrar por el viento como una

hoja dentro de un remolino?

¡Y la lluvia! No te avergonzaré recordándote que los otros días estuviste tres horas, ¡tres horas!, contemplando tras la vidriera del café, caer y caer y caer, monótonamente, estúpidamente, una larga, monótona y estúpida lluvia. Entra, entra.

Entra; penetra en mi vientre, que no es oscuro, porque, ¡mira cuántos Osram flechan sus luminosos ojos de azufre encendido como pupilas de gata! Penetra en mi carne, y estarás resguardado contra el sol que quema, el viento que golpea, la lluvia que moja y el frío que enferma.

Entra; así tendrás la certeza —que dará paz a tu espíritu—, de obtener todos los días pan para tu boca y para la boca de tus pequeñuelos. ¡Tus pequeñuelos, tus hijos, los hijos de tu carne y de tu alma y de la carne y del alma de la compañera que hace contigo el camino! Yo te daré para ellos pan y leche; no temas; mientras tú estés en mi seno, y no desgarras las prescripciones que tú sabes, jamás faltará a tus pequeñuelos, ¡los pobres!, ni pan, ni leche, para sus ávidas bocas. Entra; acuérdate de ellos; entra.

Además, cumplirás con tu deber. Tu Deber. ¿Entiendes? El trabajo no deshonra, sino que ennoblece. La Vida es un Deber. El hombre ha nacido para trabajar.

Entra; urge trabajar. La vida moderna es complicada como una madeja con la que estuvo jugando un gato joven. Entra; siempre hay trabajo aquí.

No te aburrirás; al contrario, encontrarás con qué matizar tu vida. (Además de que es un Deber). Entra. Siéntate. Trabaja. Son cuatro horas apenas. Cuatro horas. Pero, eso sí; nada de engaños ni simulaciones ni sofisticaciones. ¡A trabajar! Si tu labor es limpia, exacta y voluntariosa –voluntariosa sobre todo–, los jefes te felicitarán. Tú estás sano; puedes resistir estas cuatro horas. ¿Has visto cómo las has resistido? Ahora vete a almorzar. Y vuelve a hora cabal, exacta, precisa, matemática. ¡Cuidado! Porque si todos se atrasaran, se derrumbaría la disciplina, y sin disciplina no puede existir nada serio. Otras

cuatro horas al día. Nadie se muere trabajando ocho horas diarias. Tú mismo, dime: ¿no has estado remando el domingo once o doce horas, cansando tus músculos en una labor con el agua que me abstengo de calificar por el ningún rendimiento que se obtiene? ¿Ves tú? ¡Y con inminente peligro de ahogarte! Yo sólo te exijo ocho horas. Y te pago; te visto; te doy de comer. ¡No me lo agradezcas! Yo soy así.

Ahora vete contento. Has cumplido con tu Deber. Vete a tu casa. No te detengas en el camino. Hay que ser serio, honesto, sin vicios. Y vuelve mañana, y todos los días, durante 25 años; durante los 9.125 días que llegas a mí, yo te abriré mi seno de madre; después, si no te has muerto tísico, te daré la jubilación.

Entonces, gozarás del sol, y al día siguiente te morirás. ¡Pero habrás cumplido con tu Deber!

De Cuentos de la oficina (1925)